

## **Discurso político e identidades políticas: producción, articulación y recepción en las obras de Eliseo Verón y Ernesto Laclau**

### **Political speeches and political identities: production, articulation and reception in the works of Eliseo Veron and Ernesto Laclau**

#### **Martín Retamozo**

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.  
martin.retamozo@gmail.com

#### **Mariano Fernández**

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata; Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata; Instituto Universitario Nacional del Arte, Argentina.  
elcadri@yahoo.com.ar

#### **Resumen**

El presente trabajo es una reflexión sobre los alcances, los límites y los posibles diálogos entre las obras de dos autores que hicieron del discurso una categoría central en sus proyectos intelectuales: Eliseo Verón y Ernesto Laclau. El objetivo general es indagar en sus respectivas obras, analizar los movimientos conceptuales en torno a las nociones de discurso y discutir sus potencialidades para pensar lógicas políticas y dinámicas de formación de colectivos sociales en el mundo contemporáneo. En particular, proponemos la integración de sus aportes para una concepción del análisis de los discursos políticos que se interrogue por las condiciones de producción, los modos de articulación del discurso y sus condiciones de recepción, de este modo esperamos aportar a la comprensión de la relación de los discursos políticos con la formación de colectivos de identidad y disputa por la hegemonía.

**Palabras claves:** Laclau; Verón; discurso; hegemonía; colectivos de identidad

#### **Abstract**

This work is a reflection on the scope, limitations and possible dialogue between the works of two authors who made of "discourse" a central category in their intellectual projects: Eliseo Verón and Ernesto Laclau. The main objective is to investigate on their respective works, analyze the conceptual movements around the notions of "discourse" and discuss their potential for thinking the political logics and the dynamics of construction of social groups in the contemporary world. In particular, we propose the integration of their contributions to a conception of political discourse analysis which examine the conditions of production, modes of articulation of speech and its conditions of reception, so we hope to contribute to the understanding of the relationship of political discourse in the formation of collective identity and contest for hegemony.

**Keywords:** Laclau; Verón; discourse; hegemony; identity collectives

#### **Introducción**

En los últimos años han ganado presencia en el campo de las ciencias sociales algunas perspectivas que postulan la centralidad del discurso para comprender procesos



políticos tales como la conformación de identidades sociales y la producción de conflictos. Estas concepciones han ganado importancia en el terreno del pensamiento político posfundacional (1) porque ayudan a pensar los modos de institución de lo social en un terreno dominado por la indeterminación y la contingencia, así como el funcionamiento de una dimensión de la política in stricto sensu.(2) En este contexto una serie de equívocos y lecturas apresuradas conllevaron a asociar las posiciones preocupadas por los discursos con versiones posmodernas que diluirían la realidad social en actos de lenguaje y en ese movimiento abandonan toda pretensión de dar cuenta del mundo social “concreto” en una suerte de fluido neoidealismo. Las lecturas superficiales desatienden que las nociones de discurso, al menos las aquí trabajadas, tienen como objeto de preocupación los acontecimientos sociales y sus lógicas, y apuntan a comprender las relaciones sociales que tienen lugar en el mundo contemporáneo. En este sentido, las teorías del discurso (o de la discursividad) pueden ser comprendidas como valiosos esfuerzos que, aun requiriendo desarrollos específicos, contribuyen a la producción de investigación sobre aspectos de la realidad social. En este horizonte se inscribe el presente trabajo sobre los alcances, las limitaciones y los posibles diálogos entre las obras de dos grandes teóricos que hicieron del *discurso* una categoría central en sus andamiajes: Eliseo Verón y Ernesto Laclau.

El objetivo general es indagar en sus obras, analizar los movimientos conceptuales en torno a las nociones de discurso y discutir sus potencialidades para pensar lógicas políticas y dinámicas de formación de colectivos sociales en el mundo contemporáneo. En particular, proponemos la integración de sus aportes para una concepción del análisis de los discursos políticos que se interrogue por las condiciones de producción, los modos de articulación del discurso y sus condiciones de recepción, de este modo esperamos aportar a la comprensión de la relación de los discursos políticos con la formación de colectivos y disputa por la hegemonía.

Las obras de Laclau y Verón no mantienen contactos directos entre sí a pesar de compartir un origen natal común y ciertos itinerarios compartidos; tampoco hay desarrollos que promuevan un diálogo conceptual o un uso en investigación de sus aportes (tal vez a excepción de algunos escritos de Emilio de Ipola),(3) sin embargo basta con una lectura de sus teorías para identificar al menos una premisa compartida o análoga. Ambos autores asumen el carácter ontológicamente constitutivo de la *discursividad* con respecto a la realidad social. De allí se derivan el uso compartido de un conjunto de categorías comunes (al menos desde el punto de vista terminológico) como son *discurso*, *sentido*, *significación*, *significante* que son utilizadas para la teoría social y/o política. Este punto de partida común tanto como incitarnos a establecer un diálogo también implica una dificultad puesto que muchas veces (y este es el caso) las “mismas” categorías adquieren diferentes contenidos. Al fin y al cabo son elementos que adquieren sentido en relación con la totalidad del paradigma en el cual se encuentran.

En consecuencia, más que buscar la comparación de los trabajos de los autores, que

además ubican sus objetos de reflexión en diferentes escalas, nuestro horizonte es construir una instancia de complementariedad en el marco de una reflexión sobre el análisis de los discursos políticos. Esto es, si asumimos que Laclau ha desarrollado una teoría política con altos niveles de abstracción y formalidad, y que Verón, sin dejar nunca de producir teoría, ha desarrollado su trabajo partiendo del análisis de funcionamientos específicos de discursos sociales, entonces el desafío es cómo lograr integrar la riqueza de las determinaciones teóricas y los desarrollos epistemológicos en los estudios centrados en los discursos políticos. En este sentido las obras de los autores no agotan su interés en su exégesis, sino como insumos teóricos –con implicancias epistemológicas– para la comprensión y el estudio de procesos histórico-políticos en las sociedades contemporáneas que encuentran en el discurso político una llave de entrada.

Para ello es necesario avanzar en la construcción de un campo común desde el cual sea posible establecer un diálogo entre estas dos teorías y esto es factible si definimos nudos problemáticos que cada una, a su modo, ha intentado responder. Parafraseando a Verón, puede decirse que, si “en producción” esta lectura que proponemos es casi imposible, en cambio tal lectura es factible en “reconocimiento”: menos por las disposiciones de los autores que por los modos en que ambas obras pueden ser re-apropiadas, especialmente si atendemos a un conjunto de interrogantes vinculados al análisis político. La construcción de un terreno de recepción común de las obras de Laclau y Verón no tiene por objetivo un mero juego intelectual con insumos provenientes de sus escritos; más allá de esto nos impulsa la convicción que es posible un diálogo fructífero con la proa puesta en la realización de investigaciones que puedan ayudarnos a comprender los fenómenos políticos de nuestro tiempo. El itinerario que proponemos, para esta tarea, consiste primero en la presentación y el análisis de los modos en que cada autor abordó la cuestión del discurso en relación a lo social y las identidades colectivas. Luego ofreceremos un tratamiento integrador de los aportes que cada autor nos puede brindar y algunas pistas sobre las cuales trabajar en dirección a un programa de investigación sobre los discursos políticos contemporáneos y su relación con las identidades.

### **Ernesto Laclau y la teoría política del discurso**

La teoría política de Ernesto Laclau tiene, desde sus orígenes, un concepto clave en la noción de “discurso” a tal punto que en muchas ocasiones es identificada sin más como “Teoría del Discurso”.(4) Esto es así puesto que el abordaje de los temas predilectos de su obra, tanto la discusión sobre la ideología, como de la hegemonía y la conceptualización sobre el populismo requirieron de una teoría del discurso en la cual Laclau trabaja desde hace más de tres décadas.(5)

Ahora bien, esta necesidad del discurso opera para pensar fundamentalmente tres problemas muchas veces traslapados: la constitución de la sociedad (o el orden social); la producción de identidades colectivas (los sujetos) y las lógicas de las disputas políticas. Al

igual que el concepto central de la configuración teoría de Laclau –hegemonía- el concepto de discurso funciona en tres planos que conviene distinguir en aras de ganar productividad en el uso del concepto de discurso para el análisis político. La noción de discurso se ubica, en este sentido, a veces en un nivel ontológico (para pensar “lo político” como instancia de institución de lo social(6)) otras en un nivel óptico para conceptualizar los modos en que se desarrollan las disputas políticas y finalmente como concepto para entender las formas en que se constituyen los sujetos y sus identidades. Pero ¿cuál es la teoría del discurso en la Teoría del Discurso? O dicho de otro modo ¿Cuál es la anatomía de la categoría de discurso en la obra de Ernesto Laclau? ¿Qué problemas trata y que potencialidades nos brinda para comprender la política y la conformación de las identidades colectivas?

Para avanzar en un análisis de la categoría de discurso es preciso partir de otro de los conceptos claves en los trabajos del autor cuyo desarrollo se vincula estrechamente con ésta, el de articulación. En los primeros escritos de Laclau la noción de articulación es utilizada con anterioridad al desarrollo de una teoría del discurso como tal.(7) Al reseñar la discusión entre Nicos Poulanzas y Ralph Miliband, en un escenario aún dominado por los retazos del althusserianismo, la noción de articulación apareció para describir la relación entre las tres instancias clásicas: económica, política e ideológica que se amalgaman en una formación social.(8) En el desarrollo de su argumento, *articulación* trata de contribuir a la discusión de la relación entre la economía, lo político y lo ideológico con respecto al viejo problema de la “*determinación en última instancia*”. En consecuencia nos encontramos con una noción de articulación utilizada para pensar el modo de articulación de –en términos althusserianos- una formación social específica, es decir en el terreno del debate de la ontología de lo social. Años después Laclau insertaría esta preocupación en el terreno posfundacional y posmarxista.

Pero también los antecedentes del discurso y articulación pueden encontrarse contemporáneamente en el estudio de Laclau de los trabajos sobre fascismo e ideología de Poulanzas. El análisis del fascismo, en el campo del estudio de las ideologías para Poulanzas, debe comenzar por la descomposición de los elementos que los componen (campesinos, pequeño burgueses) y los modos en que estos elementos se condensan. En esta dirección las ideologías contienen una pluralidad de elementos amalgamados (articulados) aunque cada uno de los elementos tienen para Poulanzas una pertenencia de clase.(9) Es para Laclau, “*el discurso ideológico*”(10) aquello que articula elementos diversos a partir de una unidad constitutiva y cuyo análisis es clave para determinar el carácter de clase de una ideología. El principio de unidad constitutiva es el sujeto constituido por el mismo discurso mediante el proceso de interpelación. De este modo, para analizar las ideologías es preciso dar cuenta de las interpelaciones que constituyen a los sujetos en una formación social determinada a partir de la articulación de diferentes elementos en un discurso. En este sentido, el uso de discurso, en la primera obra de Laclau se vincula explícitamente a la narración como intento de articular elementos(11) que pueden ser claves

de análisis para dar cuenta de la conformación de sujetos interpelados por estos discursos ideológicos.

En los análisis primigenios sobre el populismo, por su parte, Laclau, sigue utilizando el concepto clave de “articulación”. Así para comprender que el populismo debe realizarse un análisis de los elementos ideológicos que son articulados en cada experiencia populista. En este marco, Laclau argumenta: “*Los discursos políticos de las diversas clases, por ejemplo, consisten en esfuerzos articuladores antagónicos*”.(12) La idea de un “principio organizador” del discurso resulta central para el análisis de las operaciones discursivas constitutivas de la política ya que permite explicar la construcción de los antagonismos (el conflicto). La producción de un conflicto es consustancial a la definición de un campo identitario común (*nosotros*, los trabajadores, los pobres, el pueblo) y una alteridad (*ellos*, los poderosos, la oligarquía). En este aspecto Laclau recupera la vieja distinción schmittiana amigo/enemigo como rasgo propio de la política y la conformación de identidades colectivas.(13)

La articulación propia del populismo, tal como lo define Laclau inicialmente, atisba una lógica que opera amalgamando elementos (como pueden ser nacionalismo, socialismo, liberalismo, etc.) que son presentados como un polo sintético antagónico al bloque de poder. El populismo se presenta, aún en un sentido embrionario hacia fines del setenta, como una lógica de la política donde el discurso funciona como concepto clave para entender cómo funciona esa articulación de elementos (contenidos) disímiles que contrasta con la articulación discursiva de las clases dominantes.

La primacía de las relaciones de clase presente en los trabajos iniciales de Laclau irá perdiendo fuerza sin que esto implique que la noción de discurso desaparezca del universo teórico laclausiano. Por el contrario, la centralidad del discurso alcanzará una renovada centralidad a partir de la lectura de Derrida y Foucault(14) en un horizonte que es definido por el autor como “posmarxista”.(15) Hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta Laclau trabaja en la preparación de avances de los que luego sería su obra más citada *Hegemonía y estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, escrita junto a Chantal Mouffe y publicada en 1985. Las “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política” –que recoge la presentación en el célebre seminario de Morelia de 1980- es acompañada por el anexo “Discurso y ruptura populista” –una comunicación original de 1979-, allí se avanza en una discusión sobre el status teórico de la categoría de discurso que es complementado por “La imposibilidad de la sociedad” de 1983, un pequeño artículo programático en el cual traza las directrices de una crítica a los esencialismos presentes en el pensamiento marxista desde una perspectiva discursiva.

La centralidad de lo discursivo lleva a Laclau –en la comunicación de 1979- a realizar algunas precisiones que muestran la importancia que éste adquiere en su obra, así asienta: “*por lo discursivo no entiendo lo que se refiere al texto en sentido restringido sino al conjunto de los fenómenos de la producción social de sentido que constituye a una sociedad como*

tal" 16) por lo tanto no hay ningún objeto que se constituya por fuera del discurso.

En lo que concierne al problema del orden social, las influencias de Wittgenstein, Heidegger, Derrida y Lacan(17) provocan una reflexión en Laclau sobre los alcances de la posición de Althusser sobre las formaciones sociales. La imposibilidad de encontrar un punto de fijación a priori –un principio ordenador idéntico- del orden social encontró en la ruptura posestructuralista un camino para reintroducir el problema del lenguaje (y el discurso). De este modo el punto de partida en la lingüística estructural de Saussure y el estructuralismo althusseriano es rebasado en el horizonte posestructuralista al incorporar la imposibilidad de un sistema cerrado. En esta perspectiva Laclau introduce algo más, es el “campo de la discursividad” el que produce un exceso de sentido que no puede dominarse por completo en el discurso y le impide a éste el cierre pleno. Esto tiene algunas implicancias. Por un lado la necesidad de puntos nodales que intenten detener el flujo perpetuo de las diferencias, por otro lado expresa que la relación entre significado y significante es inestable (y está sujeta a disputas) y también que hay algo que excede a los intentos de articulación discursiva, algo que a la vez su condición de posibilidad e imposibilidad.

Por su parte, para el análisis del funcionamiento de la política, la idea de significantes flotantes que Laclau introduce en *Hegemonía y estrategia socialista* y que desarrolla en el artículo “*Por qué los significantes vacíos son importantes para la política*”(18) permite comprender la existencia de elementos que son objetos de disputas por diferentes cadenas de equivalencias. Los significantes vacíos son signos sin ningún significado, algo concebible sólo teóricamente, no obstante riqueza del análisis se ubica en la concepción de significantes flotantes (o fluctuantes) que son aquellos objetos de disputa por diferentes discursos(19).

En esta perspectiva Laclau parte de la concepción estructural de Saussure quien identifica dos principios: el carácter relacional de todo lenguaje y que la lengua es forma. No obstante, ante las inconsistencias de la pretensión de formalismo y sostener el isomorfismo entre significante y significado, Laclau recupera la salida ofrecida por la escuela glosemática de Copenhague especialmente por Hjelmsev y su propuesta de ruptura entre el significado y el significante. Esto para Laclau tiene una serie de consecuencias: a) al no existir un principio organizador general cualquier sistema de significación puede ser considerado como sistema, b) la distinción entre lo lingüístico y lo no lingüístico se erosiona en virtud del formalismo, acción y estructura pasan a ser una distinción al interior de las totalidades discursivas, c) Si todas las distinciones son consideradas como diferenciales entonces el sujeto no puede ser concebido como el origen del significado sino como un lugar al interior de la totalidad. Esto es la consabida “muerte del sujeto” del estructuralismo. A su tiempo el posestructuralismo trabajó sobre estas consecuencias y avanzó al poner en cuestión una de las premisas básicas del estructuralismo: la concepción de una totalidad cerrada. La imposibilidad de un sistema cerrado, completo, pleno abre la puerta a la

introducción de la lógica de la subversión de las identidades discursivas en el corazón mismo del sistema (fallido). Las contribuciones de Roland Barthes, Jacques Lacan y Jacques Derrida ayudaron a instalar condiciones para una teoría del discurso que posibilite pensar los modos en que se dominan parcialmente estos significados, esto es el desarrollo de la teoría de la hegemonía.

El discurso entonces adquiere centralidad en tanto se transforma en una categoría para comprender la lógica de la disputa política. Las diferentes enunciaciones (como fuerzas políticas) en determinada sociedad producen discursos que articulan diferentes elementos (contenidos, demandas, significantes) en el marco de la disputa política y que tiene distintas efectividades hegemónicas. En efecto, *“el terreno de la constitución de la hegemonía es el discurso”*(20) y en tanto para Laclau la hegemonía expresa el modo de acontecer en la política moderna, la categoría de discurso se vuelve insoslayable. En este contexto se sitúa la preocupación de Laclau por la retórica como disciplina que puede brindar elementos claves para pensar la lógica política (la lógica hegemónica), en especial los movimientos constitutivos de la política que se vinculan a la articulación de significados mediante operaciones como la metonimia, la metáfora, la sinécdoque, la catacrexis. La relación entre la particularidad y la universalidad –que define a la hegemonía- puede pensarse a partir de los tropos de la retórica. Es decir, para que un significante particular –i.e. democracia- se vacíe y pueda constituirse en superficie de inscripción de significados que lo exceden en su literalidad requiere de una operación retórica. De este modo la retórica se convierte en indispensable para el análisis político.(21)

Los aportes de la lingüística y la retórica son articulados por Laclau con los elementos provenientes del psicoanálisis de inspiración lacaniana y en función de su propia teoría política de la hegemonía. La consecuencia es la elaboración de una teoría del discurso orientada a desentrañar el funcionamiento de los discursos políticos no como actos de habla sino como lugar performativo que tiene también implicancias para pensar la construcción de identidades y antagonismos en la disputa por la hegemonía. En esta perspectiva, Laclau concibe que la conformación de identidades colectivas no puede concebirse por fuera del discurso. Si originaria (y altusserianamente) el discurso interpelaba a los individuos para convertirlos en sujetos, en la actualidad Laclau se inclina por concebir que es la lógica de la articulación (equivalencia y diferencia) la que ayuda a comprender la formación de identidades. Esto requiere de un campo significativo que contenga elementos capaces de lograr procesos de identificación que logren romper con la particularidad y se orienten a conformar identidades sociales más amplias. En esta lógica la identidad popular sería la paradigmática puesto que cristalizaría procesos de identificación de colectivos o inscripción de demandas en un espacio de inscripción común (la *“subjetividad popular”*).(22) En efecto, es mediante el vaciamiento de ciertos significantes (e.g. democracia, liberación nacional, desarrollo, seguridad, etc.) que es posible la articulación de

una cadena y su inscripción en un discurso que produce un nuevo colectivo, una nueva identidad política: el pueblo.(23)

Más allá de las críticas frontales que el trabajo de Laclau generó en autores que rechazan de plano el enfoque propuesto(24) encontramos un conjunto de trabajos que -en diálogo con la obra- han marcado inconsistencias, dificultades y debilidades. Conviene entonces atender a estos posicionamientos, particularmente los vinculados a la noción de discurso, para examinar los alcances y las limitaciones que el enfoque contiene. Una de las recepciones más lúcidas de las obras tempranas de Laclau es la que presenta Emilio De Ipola(25) en su lectura mediada por el trabajo de Eliseo Verón de “Hacia una teoría del populismo”, escrito en 1978. De Ipola identificará algunos problemas entre las determinaciones teóricas de Laclau cuyas huellas pueden apreciarse en sus posicionamientos actuales. Centralmente el planteo de De Ipola consiste en la necesidad de distinguir la producción del discurso de las condiciones de recepción del mismo. Esto tiene importantes consecuencias escasamente asumidas por la Teoría del Discurso. La producción del discurso no puede analizarse sin la referencia a las condiciones sociales (políticas, económicas, culturales) en las cuales se produce la interpelación. Por supuesto que también para analizar la recepción de los discursos (y la constitución de los sujetos) debe incorporarse las condiciones sociales que operan en la recepción. Es cierto que esas condiciones de producción y de recepción pueden leerse como “campo de la discursividad”, no obstante esto no ilumina demasiado para el análisis concreto de discursos políticos. Para el análisis de los discursos políticos entonces es tan relevante el momento de la producción (y sus condiciones de producción vinculadas a aspectos como el sistema político, el sistema de medios,(26) los procesos económicos, culturales) como las indagar en las condiciones de recepción que hacen a la posibilidad de que un discurso logre efectos de interpelación, esto incluye identificaciones previas y la presencia de otros discursos en pugna. Esto tal vez implicaría abrir la noción de “campo de la discursividad” para identificar en ese terreno tanto la presencia de significantes/significados –que pueden rearticularse– como otros discursos rivales que operan en la disputa por articularlos.

En el terreno de las condiciones de producción del discurso también es posible identificar en Laclau la ausencia de una teoría del enunciador, cuya presencia es clave en el estudio, por ejemplo, de los discursos populistas como ya había indicado De Ipola(27) por la centralidad de la figura del líder. En este sentido la articulación (y efectividad en cuanto interpelación) de un discurso no es independiente de sus condiciones de producción ni de sus gramáticas de recepción. Cuando David Howarth(28) –discípulo de Laclau- señala las dificultades en la teoría para explicar por qué en los ochentas los asistentes a recitales de rock portaban remeras con la leyenda “Libertad a Nelson Mandela”, Laclau responde que esto debe ser respondido mediante un estudio sociológico compatible con la teoría del discurso, de este modo introduce subrepticamente la cuestión que desarrollaremos sobre las condiciones de recepción y (re)producción del discurso. En efecto, son dos tareas



pendientes una teórica consistente en darle un lugar a las formas de recepción del discurso y otra de signo epistemológico que consiste en un desarrollo que vincule la teoría con la investigación de procesos histórico-políticos a partir de analizar las prácticas que producen sentidos. No obstante, no hay una teoría de la producción del sentido (una dimensión propiamente semiótica) sino que por momentos parece que los sentidos están allí dados como “elementos disponibles” para la articulación.

### **Verón y teoría de los discursos sociales**

A diferencia de la obra de Laclau, la de Verón no está originalmente articulada a la pregunta por lo político, la política o los procesos de constitución de identidades políticas. De antemano, su teoría de los discursos no privilegia una problemática particular para ser aplicada (puede ser la configuración del discurso político mediatizado, la conformación discursiva de una disciplina científica, o el funcionamiento del dispositivo de enunciación en noticieros televisivos). Por eso, en primer lugar presentaremos a grandes rasgos su teoría y el lugar que la noción de *discurso* ocupa en ella, para luego explorar algunos postulados de la teoría de la discursividad para el análisis de los discursos políticos, y particularmente, para reflexionar sobre la instancia en que todo discurso político puede ser concebido como un espacio de emergencia de colectivos.

La *Teoría de los discursos sociales* o *teoría de la discursividad social*, que Verón sistematizó en su libro *La Semiosis Social* (publicado en 1988, recoge trabajos realizados entre 1975 y 1984), es una teoría social(29) –no una teoría lingüística, no una teoría de la comunicación, no una teoría semiótica- que asume como nivel privilegiado de análisis el funcionamiento de los procesos de producción de sentido en la sociedad. Si la noción de discurso adquiere, en el seno de esta teoría, un lugar nuclear es porque –y este es un postulado central- sólo en el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significativa.(30) De otro modo, para esta teoría, la producción de sentido es de naturaleza discursiva.

Precisamente, el concepto de discurso –que implica, desde el vamos, una desvinculación de la lingüística y una relectura de cierta tradición semiótica- pretende dar cuenta de las determinaciones sociales que operan sobre la producción de sentido. Por eso, Verón ha enfatizado la importancia de una doble hipótesis que explica su concepción de los fenómenos sociales como procesos de producción de sentido. En primer lugar, entonces, *“toda producción de sentido es necesariamente social: no se puede describir ni explicar (...) un proceso significativo sin explicar sus condiciones sociales productivas”*. Y, en sentido inverso, *“todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido, cualquiera que fuere el nivel de análisis (más o menos micro o macro sociológico)”*.(31) La generalidad de tales premisas alcanza, sin embargo, para entender que hay, allí, un doble rechazo: del reduccionismo semiótico, por un lado, y de los análisis que ven en las “representaciones” o “ideas” reflejos de una realidad exterior

que las determinaría.(32)

Si es importante desligar a la teoría de los discursos sociales de las disciplinas que han sido sus espacios tradicionales de lectura (la comunicación, la lingüística, la semiótica), es necesario, también, describir el modo en que efectivamente se vincula con ellos, en particular para entender la inserción específica de la noción del discurso en su perspectiva de análisis. En efecto, se puede decir que la teoría de los discursos sociales reposa en un triple diálogo: con las ciencias de la comunicación, con la lingüística y con la semiótica, y que los vaivenes de ese diálogo permiten ubicarla en el terreno de las teorías sociales.

El interés de Verón por el discurso de los medios de comunicación masiva, plasmado en numerosos estudios empíricos que contribuyeron al desarrollo de su teoría(33) lo ubicó como referencia de lectura en el campo de las ciencias de la comunicación. Sin embargo, el mismo Verón se ha encargado de subrayar que, a diferencia de las teorías comunicacionales, él concibe a la teoría de los discursos como una *teoría no lineal de la producción de sentido*. (34) Su perspectiva es la del intercambio discursivo concebido como sistema de relaciones: en esta escala, el sentido está afectado de indeterminación, la circulación no puede ser causal. De allí que uno de los aportes más importantes de la teoría de Verón sea la diferenciación entre dos puntos de vista irreductibles para analizar la producción de sentido: *la producción y el reconocimiento*. Por lo tanto, el sentido no es ni subjetivo (no se encuentra en la *intención de un actor*) ni objetivo (no está en *la lengua*): “es una relación (compleja) entre la producción y la recepción, en el seno de los intercambios discursivos”.(35)

En relación a la lingüística, el vínculo es de distanciamiento teórico y metodológico: la “vocación translingüística” de la teoría de los discursos sociales (36) implica un despegue que afecta, sobre todo, a los modos de construcción del objeto de estudio, y por tanto una redefinición de los fenómenos que se pretende problematizar. Ya en trabajos previos a la formalización de su teoría, Verón se había distanciado explícitamente de la lingüística, al señalar que “*los discursos sociales son objetos semióticamente heterogéneos (...) El discurso lingüístico mismo no es nunca (...) “monocódico”: ya se trate de la escritura o del discurso hablado, existen siempre reglas paralingüísticas que no pueden ser reducidas al código de la lengua*”. (37)

Con la semiótica, el vínculo se establece a partir de la relectura que hace Verón de la obra Charles S. Peirce, en la cual encuentra los fundamentos ontológicos (la imposibilidad de conocer la realidad social por fuera de la “semiosis”),(38) epistemológicos (el privilegio por la discursividad para estudiar la producción de sentido) y operativos (rescatando la concepción ternaria del signo en lugar del binarismo saussureano) para su construcción teórica. Tal vez, uno de los gestos más lúcidos y originales de la lectura de Peirce por Verón se encuentra en el aspecto operativo: la tesis de que “el pensamiento de Peirce es un pensamiento analítico disfrazado de taxonomía”, y que por tanto cada clase de signos lo que define es un modo de funcionamiento de un sistema signifiante(39) permite

entender por qué la noción misma de discurso desborda constitutivamente a cualquier problema “lingüístico”. Toda práctica significativa está compuesta por los tres niveles distinguidos por Peirce: lo icónico, lo indicial y lo simbólico.

Por fin, hay al menos dos vías de conexión entre la teoría de los discursos sociales y la teoría social. En primer lugar, el rechazo de la teoría de la acción social y su modelo del sujeto intencional (que en la lingüística funcionalista, y en las teorías instrumentales de la comunicación, se expresó en el privilegio al hablante como fuente del sentido). En segundo lugar, la preocupación por los modos de funcionamiento de la semiosis social y aquella doble hipótesis sobre la producción de sentido y los procesos sociales. En términos generales, el campo problemático indicado por estos dos posicionamientos coincide con el abierto por la teoría social contemporánea en *su pretensión de fundarse sobre el rechazo simultáneo del objetivismo y el subjetivismo*.(40)

Ahora bien, considerando lo que acabamos de decir, es posible afirmar que en la teoría de la discursividad la noción de “discurso” es huella tanto de una trayectoria que cruza límites disciplinares como una concepción epistemológica; por lo mismo, designa, al mismo tiempo, un objeto de estudio y un tipo específico de análisis. Si la *discursividad* es otro nombre para la semiosis (entendida como la red infinita de producción de sentido, cuyo modo de ser es interdiscursivo) el discurso es el efecto (el producto) del funcionamiento de esa red pero también una perspectiva de modelización de la realidad.

El discurso, en los trabajos de Verón, recibe una definición progresiva. En principio, puede pensarse que su función es meramente referencial: designar la “*materia sensible*” investida de significación; de otra manera, el discurso sería una configuración espacio temporal de sentido identificada sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción cuyo soporte es el cuerpo) que es un fragmento de la semiosis. Dado que esta teoría concibe, en términos operativos, la noción de semiosis como “sistema productivo”, el discurso es, estrictamente hablando, sentido ya producido (efecto de un proceso productivo).

Pero, por otra parte, la unidad mínima de análisis, para la teoría, no es ese “producto”, sino el sistema de relaciones que él mantiene con sus condiciones productivas (sean estas de producción o de reconocimiento). Este precepto, alejado evidentemente del textualismo que se le suele imputar al análisis del discurso en general, supone, entonces, que sólo hay un objeto de estudio bajo la forma de una red interdiscursiva.(41) Como explica Verón:

*“Los objetos que interesan al análisis de los discursos no están “en” los discursos; tampoco están “fuera” de ellos, en alguna parte de “la realidad social objetiva”. Son sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de producción, por un lado, y con sus efectos por otro”*.(42)

Por eso mismo hemos señalado que la noción de discurso designa un objeto y un modo de abordaje: estrictamente hablando, el discurso, para la teoría de la discursividad, es el efecto de la intervención del analista. En la vida diaria, tratamos permanentemente con paquetes significantes (que, a los fines terminológicos, en la teoría de la discursividad se

denominan “textos”: comportamientos gestuales, productos mediáticos, reglas de tránsito). Tales paquetes, obviamente, son materias pre-teóricas, y como tales, son producto de múltiples niveles de determinación (por lo tanto, puede ser objeto de diferentes tipos de análisis).(43) Sólo la intervención del analista (esto es: la puesta en relación de un conjunto discursivo con sus condiciones productivas bajo determinada hipótesis) convierte a ese texto en un discurso (un objeto plenamente teórico).(44) De otra manera, en Verón la noción de *discurso* implica, desde el vamos, una instancia de *formalización* o *modelización* del objeto de análisis.

A lo largo de la obra de Verón, salvo excepciones(45) sus investigaciones relativas a la política han estado vinculadas a hipótesis sobre la mediatización de las sociedades contemporáneas. El problema, entonces, es la mediatización de la política. De otro modo, las relaciones entre dos procesos históricos (y sus consecutivas transformaciones): la democracia en las sociedades industriales y la instalación y consolidación, en estas sociedades, de las tecnologías de comunicación de masas. Por esto mismo, cada vez que en su obra se presentan reflexiones de teoría política ocurre en función del estudio empírico de un fenómeno singular y de diagnósticos asociados.

En el marco de esa problemática, uno de los aspectos a los que le ha prestado más atención es el modo en que este proceso transforma las condiciones de construcción de las identidades colectivas.(46) Obviamente, se trata de un problema que trasciende a los medios, y que pone en cuestión el funcionamiento de los sistemas políticos. En términos generales, se trata de un problema de sociología política: allí donde al sistema político institucional (en primer lugar, al aparato Estatal, a sus instituciones derivadas, y, también a las organizaciones políticas tradicionales) se le vuelve más complicado gestionar lo que Pizzorno(47)) llamaba “*procesos de identificación colectiva*” los medios se convierten en “*mediadores obligados de la gestión política de las representaciones sociales*”,(48) particularmente en el terreno que, desde siempre, le había concernido a la gestión política: el de las experiencias sociales que trascienden los horizontes de la experiencia individual.

Desde una perspectiva discursiva, se pueden concebir a los colectivos como entidades semióticas –o sea, no como sujetos sociológicos definidos por una ubicación diferencial en la topografía social- que implican la identificación y categorización de una pluralidad de actores. Identificación y categorización son operaciones asociadas a estrategias de argumentación, sometidas, por tanto, a reglas de producción de discursos que pueden ser reconstruidas por el análisis. Esta definición le cabe tanto a colectivos formales (*ciudadanos*) como a colectivos de identidad (*proletariado, peronistas*) como a colectivos comunicacionales (*la gente, el público*), o a un sinfín de colectivos de enunciación que diariamente se disputan en el escenario de la política (*la derecha, la izquierda, el progresismo, etc.*).

Por lo tanto, en el marco de las reflexiones de Verón, los colectivos no tienen el estatus de las *identidades colectivas*, sino que son entidades localizables en los micro-

funcionamientos discursivos de la acción política. Tal vez sea posible, entonces, vincular la conformación de los colectivos de identidad con las preguntas por los imaginarios sociales y, en particular, por los imaginarios políticos.(49) Y esto, a su vez, con el problema de las categorías (políticas) que habitan ese imaginario. En definitiva, el discurso político – considerado como tipo de discurso social- debe gestionar, en su interior, entidades del imaginario de una sociedad dada. Pero no puede proceder de manera incondicionada: por definición, las mismas condiciones sociales que operan en la producción de imaginarios, operan, también, en la producción de discursos. Por lo mismo, en sentido inverso, se trata de pensar en las condiciones sociales de producción de los imaginarios.

Conviene señalar los alcances y limitaciones de una definición como la que acabamos de dar. A primera vista, ella parece llevar, sin más, a restarle densidad sociológica a la cuestión de las identidades colectivas ya que, finalmente, lo que está en juego es la dinámica a través de la cual se vinculan grupos y se conectan individuos. O, al contrario, a privilegiar una perspectiva “culturalista”, aparentemente incapaz de (o deliberadamente desinteresada en) pensar determinaciones sociales. Por el contrario, la pregunta que hay que responder concierne al estatus de algunos procesos sociales. Para Verón, la pregunta decisiva es la siguiente, “¿en qué medida el análisis de los discursos asociados a estructuras institucionales determinadas (...) permite comprender mejor los mecanismos de dichas instituciones, su naturaleza y sus transformaciones?”.(50) Esto, en términos operativos, exige trabajar sobre información contextual (sociológica, política, etc.). La teoría de los discursos sociales, en este sentido, ofrece un recorte por nivel de pertinencia (*la dimensión significativa de los procesos sociales*), pero reclama, según sea el tipo de discurso estudiado (publicitario, científico, religioso, periodístico, político) información extra-discursiva (en relación al discurso analizado) que ella misma no está en condiciones de proveer.

Por esto mismo, es necesario señalar desde el principio que todas las reflexiones de Verón sobre el discurso político tienen como horizonte empírico los sistemas democráticos en situación de pluralismo de partidos. Se trata de un dato que concierne tanto a las condiciones de producción de ese discurso cuanto a los colectivos (entendidos como entidades semióticas) que ese discurso debe administrar. La hipótesis de Verón es que el discurso político es un tipo de discurso inserto en un triple dispositivo de enunciación, ya que está, simultáneamente, en una triple relación: con los prodestinatarios (aquellos colectivos que están en situación de creencia compartida), con los contradestinatarios (aquellos que están en situación de creencia inversa) y con los paradestinatarios (el colectivo conformado por quienes están en situación de creencia suspendida). Si bien se mira, las figuras del prodestinatario y del contradestinatario remiten a la conceptualización clásica de Schmitt sobre *lo político* como relación de oposición *amigo/enemigo*(51) a la que hicimos referencia. Sin embargo, la figura del “contradestinatario” es un emergente de condiciones sociales específicas: empíricamente, es el grupo que conformarían los indecisos, un

colectivo (estadístico) cada vez más decisivo en las contiendas electorales, pero también, tal vez como efecto de la mediatización del espacio público, en conflictos políticos que reclaman atención del conjunto de la ciudadanía.(52)

En cualquier caso, es posible que, en este punto, se pueda ensayar un vínculo con la teoría de Laclau: la idea de los significantes vacíos o los significantes flotantes es que existen “símbolos” que invocan colectivos y que están disponibles para ser utilizadas por diversos grupos (se trata, pues, de *discursos*, por cuanto un significante flotante o vacío es un sistema de relaciones). Además, el hecho mismo de que no cualquier significante pueda encarnar la función de universalidad (o, de otra manera, no pueda ser sometido a un proceso de vaciamiento), da cuenta de restricciones que se operan en el campo de lo social y de la historia, tanto en el nivel de las condiciones de producción cuanto en el de las condiciones de reconocimiento.

Por otro lado, en Verón no hay una reflexión, al menos en este nivel, sobre cómo se constituyen los colectivos en el nivel de las interacciones en la topografía social, (lo que Naishtat llama “la interacción cooperativa de individuos”(53) o los diferentes modos de sociabilidad y articulación que devengan en experiencias de participación colectiva que ha analizado Arditi.(54) Si el problema que le interesa se sitúa en el nivel de la discursividad es porque allí se manifiestan los problemas de adecuación entre los grupos sociológicamente determinados (nivel no significante) y los colectivos (las entidades semióticas que identifican a esos grupos, nivel significante). Como sostiene Naishtat la emergencia de un “hablante colectivo” (capaz de hablar como un “nosotros”) es una ecuación que jamás es igual a la suma de las fuerzas individuales que componen ese “sujeto colectivo”.(55)

Esto explica que Verón haya recurrido a los trabajos de Pizzorno sobre la democracia para plantear algunos interrogantes sobre la construcción de colectivos de identidad sociedades sometidas a la dinámica de la mediatización. Para Pizzorno la democracia, menos que un procedimiento para elegir entre programas políticos, es un “conflicto entre identidades colectivas”, y que su valor consiste no en la libertad de opción política, sino en la libertad de participar en procesos de identificación colectiva. Para Pizzorno, por tanto, una de las propiedades de la acción política es la “*actividad identificante*”: “*la tarea de constituir, preservar, reforzar las identidades colectivas que aparecen sobre la escena política bajo sus múltiples formas (grupos, partidos, movimientos, asociaciones)*”.

En este sentido, tal vez una de las preguntas que habilite el enfoque de Verón sea por el vínculo (que se manifiesta como tensión entre campos discursivos) entre la lógica del discurso político y la lógica del discurso de los medios cuando se trata de producir o gestionar entidades del imaginario político (*colectivos de identificación, meta-colectivos, meta-colectivos singulares, etc.*), y por las estrategias específicas, implicadas en cada lógica, para vincular lo individual (el lugar del líder, del representante, del periodista o del ciudadano) y lo colectivo (ya que ninguno de ellos puede evitar gestionar, en su discurso, el contacto con

las identidades colectivas en pugna).

A Verón estas reflexiones le han servido para pensar una de las dimensiones de los conflictos sociales referidas, como mencionamos, a las identidades colectivas, precisamente en el punto en que este conflicto tiene que ver con la irrupción de los medios de comunicación. Si, como es evidente, la construcción de identidades obedece a procesos sociales (transformaciones en el mundo del trabajo como consecuencia de cambios en las estructuras productivas, cambios culturales en el plano de las opciones sexuales, de los modos de asociación en la sociedad civil, procesos migratorios, etc.) es evidente, también, que aquí es afectada la dimensión significativa (por tanto, discursiva) de las prácticas sociales.

En este sentido, la articulación que ya mencionamos de la obra de Verón con la semiótica y la teoría social se vislumbra, también, en sus investigaciones sobre la mediatización de la política. Producto de un diálogo que podríamos llamar "interno" entre sus investigaciones aplicadas y sus reflexiones teóricas, Verón ha propuesto, sobre todo en sus obras más recientes, una serie de afirmaciones que pueden reconstruirse como hipótesis.

En primer lugar, que los medios de comunicación de masas son, en su dimensión discursiva, *dispositivos de ruptura de escala* (lo que explicaría el modo conflictivo en que los consumidores de medios experimentan la relación entre lo real *mediatizado* y lo real *no mediatizado*; y, al mismo tiempo, explicaría por qué un mundo mediatizado es más complejo y menos homogéneo que el que lo precede, ya que una ruptura de escala implica procesos de *descontextualización del sentido*).

En segundo lugar, que, desde el punto de vista histórico, la consolidación de *dispositivos de ruptura de escala* ha transformado un nivel de las prácticas políticas, en una trayectoria que puede resumirse así: en la sociedad premediática, la política se desarrolla en instancias interaccionales; con la aparición de la prensa gráfica de masas en el siglo XIX, la política se consolida como un espacio de escritura; la radio, y con más fuerza, la televisión, acoplan a ese carácter escritural, la imagen y el contacto -por la voz y por la puesta en escena mediática del cuerpo o los cuerpos-. Ninguno de estos procesos anula el anterior: la mediatización no diluye la práctica política no mediática, pero tampoco, por definición, la convierte en algo distinto de lo que *ya era* (tal la hipótesis de, por ejemplo, Sartori en *Homo Videns*).

En tercer lugar, que esa *transformación* es un factor determinante en otra: la de las condiciones sociales de producción de los colectivos que definen las identidades políticas, ya que, en la era previa a la mediatización (hasta mediados de los años 50) era las instituciones políticas las encargadas de la gestión política de las representaciones sociales.

Si se aceptan estas hipótesis, puede pensarse que el problema de la política, al menos en el nivel de la comunicación social, parece ser el de cómo reconstruir los vínculos entre las

experiencias individuales y los colectivos que definen las identidades en el largo plazo, en el contexto de una sociedad sobre-mediatizada, que es, al mismo tiempo, una sociedad en la que las instituciones estatales y las organizaciones políticas que antaño podían definir un curso para los comportamientos políticos han perdido (finalmente, este es el problema de la llamada *crisis de la política*) ese poder de prescripción.

### **Convergencias para el análisis de los discursos políticos**

El lector, sujetos epistémico pertinente, desde sus condiciones de recepción podrá realizar una interpretación de las posturas aquí presentadas que, aunque mediadas por nuestra exposición, ya insinúan posibles complementariedades. Sin embargo las condiciones de producción de nuestro texto nos obligan a un esfuerzo de articulación en perspectiva integradora. Conviene entonces, recordar la piedra de toque con la cual iniciamos el vínculo entre los autores: la imposibilidad de concebir a la sociedad sin el discurso, sin el funcionamiento de sistemas de significación. La sociedad es discurso no porque pueda reducirse al lenguaje sino porque no hay realidad social (esto es, humana,) sin la semiosis y porque no puede accederse a los procesos sociales sin el discurso. La institución de la sociedad es discursiva porque no hay nada propiamente humano por fuera de la significación, no obstante este sistema de significación no puede dominar por completo el exceso de sentido propio de las sociedades complejas, son las mismas prácticas que producen sentido –las acciones humanas- las que generan el plus perpetuo. Este ordenamiento o sistema de significación (o cualquiera de los sistemas que puedan identificarse en la sociedad) está jaqueado por ese *plus* indomable en su interior. En Laclau, es la imposibilidad de un cierre total del sistema significante (por lo cual, sólo es posible la sutura); en Verón, el carácter dinámico de la semiosis, que, en el nivel de los comportamientos, se manifiesta en la distinción entre objeto dinámico y objeto inmediato.(56) Esto es aún más evidente en las sociedades contemporáneas que muestran la heterogeneidad (la proliferación de diferencias) y la dificultad que la práctica articuladora encuentra para lograr una estructuración, siempre precaria y jaqueada. Verón, como ya lo indicamos, ha expresado un diagnóstico similar, pero asociado, en su caso, al impacto de la mediatización en las sociedades contemporáneas.

En este contexto el discurso opera como un modo ordenador y productor de la sociedad, pero ¿qué sucede con el discurso eminentemente político? Si aceptamos que hay una centralidad de lo discursivo para comprender el funcionamiento de las sociedades, y particularmente su dimensión política, ya que hay una productividad política de la sociedad. Y también concebimos que los discursos políticos son productores de hegemonía y tienen un lugar clave en la producción de las identidades colectivas, entonces éstos se constituyen en un lugar fundamental para el análisis de la política. A pesar de ello el análisis del discurso político frecuentemente ha perdido su especificidad, limitándose a la concepción de discurso como texto sin comprender las características propias del discurso político. En este sentido



proponemos centrarnos en las tres dimensiones fundamentales como instancias de análisis: las condiciones de producción del discurso político, sus lógicas de articulación de contenidos y sus condiciones de reconocimiento.

El problema del funcionamiento de los discursos políticos se desprende de la premisa principal compartida –la discursividad de lo social- y se cristaliza en el terreno de la política, esto es las preguntas por las condiciones de producción y los efectos del discurso político; y, de manera directa, con las condiciones de constitución de las identidades colectivas en las sociedades contemporáneas. En efecto, el análisis del discurso no será el mero estudio de aspectos y controversias lingüísticas, sino que se convertirá en un instrumental teórico para abordar los espacios de constitución de la sociedad y las identidades políticas.

A partir de la obra de Verón podemos afirmar que esto requiere del análisis de las relaciones del discurso con sus condiciones productivas. Y este es un problema de articulación, que concierne tanto a la acción política como a la investigación social sobre la política. Esto plantea el desafío de vincular *lo ideológico y el poder* concebidos como dimensiones de análisis de los discursos.(57) Es decir, sólo será posible acercarse a la complejidad de un proceso de construcción de identidades si, además de dar cuenta de las gramáticas de producción del discurso político, se generan estrategias de análisis de las gramáticas de reconocimiento. Es la articulación de las gramáticas (de las operaciones que vinculan un discurso a sus condiciones productivas) lo que está en juego: probablemente, la efectividad de un discurso hegemónico deba pensarse como su capacidad estratégica de vincular gramáticas, y esto, desde ya, no es un problema “discursivo”, aunque la capacidad de articulación debe producirse, también, como discurso.

En este marco, la mediatización es una condición que opera tanto en producción como en reconocimiento, porque no sólo plantea desafíos a las organizaciones políticas (desafíos tanto comunicacionales –el problema de la “producción de una audiencia” analizado por Naishtat (58)- como estratégicos -la utilización de los medios para forzar el interés de los poderes públicos o presionar sobre ellos) sino que, en reconocimiento, instituye condiciones sociales de vincularse con la discursividad política todavía poco estudiadas.

Este planteo puede encontrar sustento si lo pensamos desde la perspectiva de Laclau: ¿cómo dar cuenta del tipo de ordenamiento que un discurso, siempre precario y finalmente imposible, produce sobre el campo de la discursividad? Si un campo de discursividad designa el exceso de sentido sobre el que se constituyen las relaciones políticas, entonces su ordenamiento supone, necesariamente, el complejo juego de articulación de gramáticas: la efectividad del vaciamiento de un significante para su inscripción como punto nodal en una cadena de equivalencias (“democracia”, “justicia social”, ) o la enunciación de un colectivo (“nosotros los trabajadores”, “nosotros, el pueblo”) para producir identificación, considerados como acciones políticas situadas en producción, no pueden ser una operaciones unilaterales, y por lo mismo, no pueden ser independientes de operaciones de

reconocimiento. La capacidad de un significante de vaciarse –y su ubicación en la trama de los imaginarios políticos de una sociedad determinada- requieren de atención. De este modo la producción de significantes nodales que amalgamen el flujo de significados y, fundamentalmente, su eficacia hegemónica –constituirse como significantes amos- no pueden comprenderse sin el análisis que metodológicamente se ubican fuera del discurso político –el texto hecho objeto- y requiere de un estudio de orden sociológico.

Pero el aporte de Laclau se torna a la vez fundamental para pensar las lógicas y operaciones en el discurso “como proceso de articulación”, en tanto nos ofrece una aguda teoría de las lógicas que operan en la construcción de esos discursos. La recuperación de la retórica y sus tropos para el análisis de los desplazamientos constitutivos del discurso es un prometedor aporte al estudio de la política. Esta dimensión también es central porque aporta a la reconstrucción de las lógicas discursivas tendientes a la construcción de hegemonía y de identidades colectivas, cuya lógica anatómica Laclau ha contribuido a desentrañar. La posibilidad de una articulación discursiva, el juego de la equivalencia y la diferencia, es clave para la configuración de un “nosotros” y un “ellos”, mediante actos de identificación que amalgaman imaginarios, como consustancial a procesos políticos

Verón se ha preocupado por analizar cómo distintos discursos sociales (particularmente, el discurso mediático y el discurso político) son espacios de administración de colectivos en sociedades caracterizadas por una multiplicación de identidades colectivas singulares. En los dos casos, se trata de un problema (tanto a nivel empírico como para la reflexión teórica) que, ahora parafraseando a Laclau, encierra una tensión –de resolución siempre inestable- entre lo particular y lo universal.

Verón ha definido la noción de “colectivo” como “una entidad semiótica que implica la identificación y la categorización de una pluralidad de actores, y determina conjuntos de reglas operatorias (de producción o de interpretación) que el observador deberá reconstruir”. El modo en que Laclau describe el pasaje de una serie de demandas individuales a una identidad popular, la identificación del *populus* como *plebs*, puede pensarse como la definición misma del problema de los colectivos (o sea, de cualquier colectivo de identidad, no sólo de un colectivo populista): cómo una pluralidad de vínculos (el conjunto de demandas individuales sometidas a una relación de equivalencia) se torna una singularidad a través de su condensación alrededor de una identidad popular. Y esa condensación, que implica la constitución del “pueblo” como categoría política, depende de la “productividad social del nombre” (y ese nombre, agregamos nosotros, es -no puede ser otra cosa- una entidad semiótica).(59)

El funcionamiento del discurso político ofrece ciertas características particulares que podemos definir con nuestros autores. Con Laclau éste se vincula con la búsqueda de hegemonía, el establecimiento de un enemigo y la simultánea configuración de una identidad política. Verón en este sentido nos ofrece su teoría del triple dispositivo de enunciación propia del discurso político que permite el análisis del discurso. Esta teorización puede ser

vinculada con las referencias a la centralidad de los tropos retóricos (catacrexis, metáfora, sinécdoque, metonimia) a los que frecuentemente Laclau hace referencia. Esto permitiría analizar no sólo los elementos que son articulados (traducidos a momentos) en el discurso, sino la productividad del discurso como “acto político”. Esto requiere complementarse con una teoría de los lugares de enunciación – que pueden ser producciones discursivas pero también institucionales y los soportes es decir relacionando el discurso con sus condiciones de producción, otra vez con Verón.

Las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón ofrecen sugerentes perspectivas para el análisis de los discursos políticos. El trabajo de articulación teórica, del que este artículo forma parte, requiere aún de desarrollos en los planos aquí sugeridos: las condiciones de producción, las lógicas de articulación y las gramáticas de reconocimiento. Del mismo modo, si estamos sobre un camino fructífero, se necesita un avance en la discusión estrictamente metodológica para integrar los dispositivos técnicos de análisis del discurso en sus diferentes versiones. El trabajo del análisis del discurso en esta perspectiva puede ofrecer herramientas para la comprensión de los procesos políticos de disputa hegemónica como los que se desenvuelven actualmente en América Latina.

#### Notas

- (1) Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Badiou, Lefort y Laclau*, Bs. As., FCE, 2009. Allí, Marchart define al pensamiento posfundacional como aquel que cuestiona la existencia de un fundamento último externo a lo social.
- (2) Ver, al respecto, Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*, Bs. As., FCE, 2007; Arditi, Benjamín. “Post- hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual”, mimeo, en <http://arditi.googlepages.com/ArditiPost-hegemoniacarta.doc> 2007; Dyrberg, Torben B. “Lo político y la política en el análisis del discurso” en Chrtichley y Marchart (comp). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Bs. As., FCE, 2008; y Marchart., Oliver. “La política y la diferencia ontológica”, en Chrtichley y Marchart (comp). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Bs. As., FCE, 2008.
- (3) De Ipola, Emilio. *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982.
- (4) Horvath habla de “postmarxismo”, mientras que Soage utiliza el mote de “Escuela de Essex”. Ver: Horvath, David. “Aplicando la teoría del Discurso: el método de la Articulación”, *Studia politicae*, nº 5. 2008; y Soage, Ana. “La teoría del discurso de la Escuela de Essex en su contexto teórico”, en *Circulo de Lingüística aplicada a la comunicación*, CLAC., 25, Madrid, 2006, pp. 45-61.
- (5) Ver: Laclau, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1978; Laclau y Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Bs. As., FCE, 1985; y Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005.
- (6) Laclau, E. “El análisis político del discurso: entre la teoría de la hegemonía y la retórica” (entrevista), en *De Signis/2*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- (7) En la introducción a *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo* (original de 1977), Laclau evoca el pasaje sobre la caverna de La República de Platón y argumenta que allí puede constatarse la primera teoría de la articulación. El discurso de los prisioneros (la articulación de los elementos disponibles) constituye una referencia que se pone en crisis cuando uno de los atrapados tiene la oportunidad de salir a lo superficie y redefine aquello que consideraba el discurso verdadero en las profundidades.
- (8) Laclau, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1978, p. 79.
- (9) *Ibid.*, p. 109.
- (10) *Ibid.*, p. 111.
- (11) *Ibid.*, p. 116.
- (12) Laclau, Ernesto. “Hacia una teoría del populismo”, en Ernesto Laclau, *Política e ideología en la*

- teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1978, p. 187.
- (13) Laclau, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As., Nueva Visión, 1999.
- (14) La deuda con los escritos de Derrida es reconocida frecuentemente por Laclau. Al respecto, ver: Mouffe, Chantal (comp). *Deconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998. Allí, se recoge el diálogo entre Laclau, Derrida y Rorty sobre la relación entre deconstrucción, pragmatismo y hegemonía. Por su parte, la influencia de Foucault es explícitamente minimizada por el autor: “*El trabajo de Foucault sólo tuvo una limitada influencia en mi enfoque y sólo me despierta una simpatía muy restringida*”; la crítica central de Laclau a Foucault es la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas. Ver: Laclau, Ernesto. “*Catacresis y metáfora en la construcción de la identidad colectiva*” en *Phrónesis – Revista de filosofía y cultura democrática*, número 9; año 3; [http://www.geocities.com/epai\\_insti/Catacresismetafora.doc](http://www.geocities.com/epai_insti/Catacresismetafora.doc). 2003.
- (15) Laclau. Op. Cit., 1990.
- (16) Laclau, Ernesto. “Ruptura populista y discurso” anexo a “Tesis acerca de la formación hegemónica de la política” en *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. J. Labastida Martín Del Campo (comp.), México, Siglo XXI, 1985, p. 39.
- (17) Consultar, en relación a la obra de Laclau con el pensamiento lacaniano: Stravakakis, Yannis. *Lacan y lo político*, Bs. As., Prometeo-UNLP, 2007; Stravakakis, Yannis. *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*, Bs. As., FCE, 2010; y Gylnos, Jason y Yannis Stravakakis. “Encuentro de tipo real. Indagando los límites de la adopción de Lacan por parte de Laclau” en Chrtichley y Marchart (comp). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Bs. As., FCE, 2008.
- (18) Laclau, Ernesto. “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?” en *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996b [1994].
- (19) El ejemplo tal vez más gráfico es el significante “democracia” que es objeto de diferentes significados – contenidos- en un discurso conservador, uno liberal o uno socialista. La disputa por la hegemonía se jugará, entonces, en el discurso que logre dominar el significante con su propia cadena de significados. Algo similar sucede con otros significantes flotantes que son articulados en los discursos políticos con eficacia hegemónica: seguridad, anticorrupción, paz, desarrollo, etc.
- (20) Laclau, E. Op. Cit., 1985, p. 23.
- (21) Al respecto: Laclau, Ernesto. “Política de la retórica”, en Laclau, E. *Misticismo, retórica y política*, Bs. As., FCE, 2002; y Laclau, E. Op. Cit., 2003.
- (22) Laclau, E. Op. Cit., 2005.
- (23) Laclau, Ernesto. “Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical” en Cuadernos del CENDES, mayo-agosto año/vol. 23, nº 062, políticas públicas, pp. 1-36. <http://www.cendes-ucv.edu.ve/pdfs/revista62/cap1.pdf> . 2006. Con esto “pueblo” no designa una identidad sociológica sino que es una producción discursiva que bien puede significar, por ejemplo, pueblo-pobres-trabajadores o pueblo-ciudadanos-propietarios-blancos-padres de familia. Lo central es que el discurso político muestra su carácter performativo en las identificaciones colectivas.
- (24) Una de las primeras críticas puede encontrarse en Mouzelis 1978, a la que siguieron una serie de intervenciones como Borón y Cuellar, 1983, Borón, 1996, la polémica con Geras los números 63 y 66 de la *New Left Review* y los señalamientos de Ellen Wood, 1986. Para una ampliación de estas controversias: Rush (2001).
- (25) De Ípola, Emilio. Op. Cit., 1982.
- (26) El lugar de la mediatización de lo político ha sido tratado como se señaló por Eliseo Verón.
- (27) De Ípola. Op. Cit., p. 132.
- (28) Horwath, David. Op. Cit., 2008.
- (29) No estamos adoptando una posición novedosa cuando decimos esto, aunque es evidente que por efecto de su inserción institucional (la obra de Verón suele ser lectura común en las carreras de Comunicación y en cátedras de Semiótica, pero no en las carreras de Humanidades) se trata de una definición desatendida o definitivamente obviada. Sin embargo, originalmente, el propio Verón concibió, originalmente, su proyecto teórico asociado a la teoría social: “Sobre este último punto, el propio Verón señaló que “la teoría de la producción de sentido es uno de los capítulos fundamentales de la teoría sociológica, porque es en la semiosis donde se construye la realidad de lo social”. Ver: Verón, Eliseo. *La semiosis social*, Bs. As., Gedisa, 2004, p. 126.
- (30) *Ibidem.*, pp. 125-126.
- (31) *Ibidem.*, p. 125.
- (32) Se trata, por lo demás, de una afirmación con consecuencias metodológicas y

- operativas. Ya en un trabajo de 1973, marcado por un encuadre conceptual deudor de lecturas marxistas el autor escribe: “*Si carecemos de criterios externos (referidos a las condiciones de producción, es decir, a los mecanismos de funcionamiento de la sociedad) no podemos siquiera elegir textos susceptibles de ser comparados*”. Ver: Verón, E. “Para una semiología de las operaciones translingüísticas”, en *Conducta, estructura y comunicación*, Bs. As., Amorrortu, 1996, p. 243.
- (33) Ver, por caso, tanto los trabajos reunidos en el mencionado *Conducta, estructura y comunicación*, que reúne escritos elaborados y publicados entre 1959 y 1973, y también los compilados en Verón, Eliseo. *El cuerpo de las imágenes*, Bs. As., Norma, 2001; y también aquellos que componen *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- (34) Verón, Eliseo. *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 65.
- (35) Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. “Introducción”, en *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Bs. As., Eudeba, 2008, p. 17.
- (36) Verón, E. *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 123.
- (37) Verón, E. Op. Cit., 1973, p. 238.
- (38) Al respecto, escribe: “*Es preciso afirmar a la vez que hay una ‘realidad’ cuyo ser no depende de nuestras representaciones, y que la noción misma de ‘realidad’ es inseparable de su producción en el interior de la semiosis; es decir que, sin semiosis, no habría “real” ni “existentes”. Porque son las leyes mismas de los signos las que nos llevan a postular que en el mundo hay cosas que no son signos*”, en Verón, Eliseo. *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 2004, p.116.
- (39) *Ibidem*, p. 111.
- (40) Tradicionalmente este rechazo ha sido acompañado del cuestionamiento a las filosofías de la conciencia (principalmente, la fenomenología) y por la importancia otorgada a los fenómenos “simbólicos”, concebidos no como reflejos o residuos de la estructura material de las sociedades sino como dimensión constitutiva del funcionamiento social.
- (41) Verón, Eliseo. *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 132.
- (42) *Ibidem*, p. 128.
- (43) Verón, Eliseo. *La mediatización*, Bs. As., Eudeba, pp. 72-73.
- (44) Esta distinción (el texto como un objeto empírico; el discurso como el resultado del análisis) está trabajada tanto en *La semiosis social* como en *La mediatización*.
- (45) Principalmente en el libro publicado junto a Sigal, y en menor medida, Verón, Eliseo. “Mediatización de lo político. Estrategias, actores y colectivos” en Gauthier, Gosselin y Mouchon. *Comunicación y política*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- (46) Ver, por caso: Verón, Eliseo. “La palabra adversativa”, en Arfuch y Verón (et al). *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987; Verón, Eliseo. “Televisión y democracia. El estatuto de la puesta en escena”, en *El cuerpo de las imágenes*, Bs. As., Norma, 2001; Verón, Eliseo. “Los medios en recepción: desafíos de la complejidad”, en *Fragmentos de un tejido*, Gedisa, Barcelona, 2004; Verón, Eliseo. “Vínculo social, gran público y colectivos de identificación. A propósito de una teoría crítica de la televisión”, en *El cuerpo de las imágenes*, Bs. As., Norma, 2001. Y también el mencionado “Mediatización de lo político”.
- (47) Pizzorno, Alessandro. “Sobre la racionalidad de la opción democrática”, en *Los límites de la democracia*, Buenos Aires, Clacso, 1985, p. 67.
- (48) Verón, E. “Los medios en recepción: desafíos de la complejidad”, en *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 224.
- (49) No es algo que podamos desarrollar aquí, pero sería interesante identificar la noción de “semiosis” de Peirce, con la de “magma de significaciones imaginario sociales” de Castoriadis. Esta identificación no es caprichosa: si para Peirce “*solo la ley asegura la realidad de lo real*” (citado en Castoriadis afirma que “*la institución de la sociedad determina qué es lo real y qué no lo es, qué tiene sentido y qué no lo tiene*”. En ambos casos, tanto la “ley” (la *Terceridad* para Peirce) como la “institución” son procesos históricos, de modo que se trata de posturas signadas por una ontología socio-histórica para la cual, podríamos decir, lo real no viene dado, ese “real” no es un arbitrio del hombre sino un efecto social, comunitario: en pleno sentido, *transubjetivo*. Ver: Castoriadis, Cornelius; Castoriadis, Cornelius (1986). “El campo de lo social histórico”, en *Estudios filosofía-historia-letras*. Primavera. [http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec\\_3.html](http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html)
- (50) Verón, Eliseo. Op. Cit., 1987.
- (51) Antes de introducir la figura del “paradestinatario”, Verón dice: “*Es evidente que el campo discursivo de lo político implica un enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores. (...) La enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario*”. Verón. Op. Cit., 1986, p. 3.

- (52) Desde un punto de vista formal, la definición de Verón se emparenta a las reflexiones de Naishtat sobre la situación de enunciación en una acción colectiva. Naishtat afirma que la acción colectiva en el espacio público tiene “tres vértices”: el reclamante (nominativo de la enunciación: “nosotros”); el adversario (acusativo de la enunciación: “ellos”) y el público ante quien se habla (el vocativo: “la ciudadanía debe comprender que”). Para el autor, la acción política se caracteriza por la triangularidad enunciativa, y en ella “*los públicos y los auditorio son una figura co-constitutiva. Por lo mismo, la protesta social no pertenece, dice Naishtat, al “módulo bipolar ‘amigo-enemigo’ que (...) Schmitt quiso generalizar – erróneamente- para la acción política*”. Ver: Naishtat, Francisco. *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva. Una perspectiva pragmática*, Bs. As., Prometeo, 2004, p. 374.
- (53) Naishtat, Francisco. Op. Cit., p. 375.
- (54) Ver: Arditi, Benjamín. “Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual”, mimeo. <http://arditi.googlepages.com/ArditiPost-hegemoniacarta.doc> 2007.
- (55) Naishtat, F. Op. Cit., p. 375.
- (56) Distinción planteada por Peirce para dar cuenta de la imposibilidad de un signo para representar completamente su objeto. En la reinterpretación de Verón (2004a: 118), esto implica la imposibilidad de un discurso absoluto sobre la realidad, ya que por definición la dinámica de la semiosis (su historicidad, articulación constante entre el pasado y el futuro) desborda las representaciones particulares. Ver: Verón, E. *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 118.
- (57) *Ibidem*, pp. 134-139.
- (58) Ver Naishtat, *op. cit.*, y también: Naishtat, Francisco. "Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público", en Quiroga, Villavicencio y Vermeren (comps.) *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, Rosario, Homo Sapiens. <http://www.ub.es/escult/docus2/naishtat.pdf> . 1999
- (59) Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005, p. 139.

Recibido: 5 de octubre de 2010

Aprobado: 20 de diciembre de 2010